

MENSAJE DEL DÍA 8 DE ENERO DE 1982

LUZ AMPARO:

¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío...! (*Así repetidas veces se lamenta de intenso dolor*). ¡Ay, Señor! ¡Ay, ay! ¡Ay, Señor! ¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, Señor! ¡Ay, ay! ¡Ay, Señor! ¡Ay, Señor, qué dolores! ¡Ay, Jesús mío! ¡Ay, Jesús mío! ¡Ay, qué dolores...! (*Se prolonga durante unos instantes con semejantes expresiones de dolor*).

EL SEÑOR:

Sí, hija mía, ya sé que sufres como yo sufro; pero ya te he dicho muchas veces que es preciso ayudar a los humanos, y esto tiene que ser a costa de tu sufrimiento, del mío y de otras almas escogidas, para purificar a las demás. Date cuenta que yo di el ejemplo de salvarlos a todos; los quiero a todos mucho; no quiero que mis almas se aparten de mí; ¡las amo tanto!..., y quiero que sepan que yo deseo ser su recompensa y su fe sobre todas las almas que confiesan sus culpas, que piden perdón de sus pecados, que se arrepienten con humildad. Por eso amo a mi sociedad, hija mía, por eso sufro por todos; porque yo, como te he contestado en otras ocasiones, en un segundo podría hacer arder toda la Tierra; pero estoy constantemente dándoles oportunidad de salvarse poniendo a mi Madre por mensajera¹, porque sé que son débiles y que caen una y otra y otra vez en el mismo pecado; por eso di mi Sangre para poderlas redimir a todas esas almas. Pero lo único que pido es que pidan perdón; que mi Padre está esperándolos a todos.

¡Qué alegría si, en este año que empieza, empezasen con amor, con humildad, amándose unos a otros como yo he amado a todos! Date cuenta que lo único que queremos es que se salven. Te voy a dar un mensaje para este año que empieza: díles que muchos de ellos van equivocados por el camino que van... Todos aquéllos que de lo más profundo de su corazón gimen en secreto, pero que no les vale por su soberbia, porque les impide tener humildad por su miserable condición, que se detengan, que se arrepientan, que vengan a mí, que yo he venido a la Tierra para señalarlos a todos... (*Palabra imperceptible*) y la senda segura para ir al Cielo.

Díles que abracen mi cruz con amor, que solo eso los salvará. También díles que no escuchen ninguna doctrina que sea falsa, porque todas, fuera de la mía, les llevarán al fondo del abismo; todas esas doctrinas falsas los precipitarán en una vida de amargura, de desesperación, de odio hacia los demás. También díles que esas doctrinas son satánicas y van en contra de la palabra de mi Padre Celestial. Díles que todo se lo dejé dicho en mis Santos Evangelios; que me escuchen, que les hablo por medio de mis almas humildes escogidas; por eso rechazan mis mensajes, porque no quieren admitir que yo, siendo un Rey de Cielos y Tierra, pueda escoger a un alma tan humilde y tan poca cosa; pero yo lo hago para que no piensen que es falso, para que vean que esas

¹ «En la segunda venida de Jesucristo, María tiene que ser conocida y puesta de manifiesto por el Espíritu Santo, a fin de que por Ella Jesucristo sea conocido, amado y servido. Pues ya no valen los motivos que movieron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida y manifestarla sólo parcialmente aun desde que se predica el Evangelio» (S. Luis María Grignon de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la santísima Virgen*, 49).

almas no valen para confundir a los poderosos; por eso cojo a las almas más pequeñas de la Tierra².

Que se den cuenta de que siempre mi santísima Madre da los mensajes a las almas más incultas y a las almas más humildes; por eso os pido que creáis en mis mensajes, los mensajes que da mi santísima y pura Madre, porque pongo por mensajera a mi santa Madre, para que los extendáis por todas las partes del mundo.

Diles que se arrepientan, que crean en Dios Padre, en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo; que todo el que no cree en una de estas Tres Personas no cree en Dios.

Diles que tengan humildad, que honren a mi Padre y que me honren a mí, porque el que honra a mi Padre me honra a mí, porque yo bendigo a mi Padre, porque oculta sus secretos a los grandes y los descubre a los humildes³, porque así lo manda Él, y yo siempre hago la voluntad de mi Padre⁴, pues Él es el que me envió para estar entre vosotros.

Amaos los unos a los otros como yo os he amado⁵, hasta el punto de cumplir la voluntad de mi Padre. Cumplí la voluntad de mi Padre y derramé hasta la última gota de mi Sangre por redimirlos a todos del pecado.

Y ahora vas a seguir viendo otro cuadro de mi Pasión⁶.

LUZ AMPARO:

Veo al Señor; ya no lleva la Cruz, va entre mucha gente, hay muchísima gente, va tropezando, le van empujando. Veo cómo una mujer sale de entre toda la gente, coge un paño, se lo da al Señor, que tiene la cara toda ensangrentada; el Señor se limpia toda la cara con ese paño; se ha secado toda la cara, se lo devuelve otra vez a esa señora. Ella lo coge y se lo guarda.

Todos lanzan muchos gritos: «¡Vaya un Rey cobarde! Pídele a tu Padre que te salve». Le insultan, le dicen palabras muy feas. Hay muchas mujeres que sacan a niños hacia donde va el Señor; el Señor les pone la mano a los niños por encima la cabeza; a algunos de ellos los aprieta contra su..., así contra un lado. La gente se pone en medio del camino, no dejan pasar al Señor; entonces los verdugos empujan a la gente; empiezan a darle empujones otra vez al Señor. El Señor las mira a todas y les hace con la mano la señal de la cruz; entonces uno le da en una mano, en la mano con un palo.

² Cf. *Si* 10, 15; *Lc* 1, 52; *1 Co* 1, 27-28; *St* 4, 6; *1 P* 5, 5.

³ Cf. *Si* 10, 15; *Lc* 1, 52; *1 Co* 1, 27-28; *St* 4, 6; *1 P* 5, 5.

⁴ Cf. *Lc* 22, 42; *Jn* 8, 29.

⁵ Cf. *Jn* 13, 34; 15, 9. 12.

⁶ Durante la Cuaresma del año 2004, fue estrenada la película *La Pasión de Cristo* del director Mel Gibson; es inevitable, por ello, la asociación de las imágenes descritas por Luz Amparo con las de dicho filme, convertido ya en un verdadero clásico del cine. Apuntamos sólo unas palabras del cardenal Darío Castrillón Hoyos, prefecto de la Congregación Pontificia para el Clero, quien declaró tras haber asistido a la proyección: «Es una película que lleva al espectador a la oración y reflexión, a una contemplación que conmueve el corazón (...). Uno de los grandes logros de esta película es mostrar con precisión tanto el horror del pecado y del egoísmo como el poder redentor del amor (...). Esta película es un triunfo del arte y de la fe». Hemos de resaltar, pues, el acierto del trabajo de Gibson, quien ha realizado una excelente labor concorde —aun sin saberlo él— con la petición repetida por la Virgen en Prado Nuevo desde aquel memorable 14 de junio de 1981: «Soy la Virgen Dolorosa (...). Que se venga a meditar de cualquier parte del mundo **la Pasión de mi Hijo**, que está completamente olvidada».

Al Señor le vuelven a empujar y le tiran, le vuelven a dar patadas, unos por un lado, otros por otro. Los oigo que dicen unas palabras que no lo entiendo. Señor, dímelo que lo entienda; ¡ay, que yo no entiendo lo que están diciendo!

Ahora el Señor está sentado en una roca grande, una piedra. El Señor mira para arriba, al cielo, y le implora a su Padre y le dice: «¡Padre mío, Padre mío!». Luego mira a toda la gente que está allí; mira a todos con una mirada de pena. Otra vez vuelve a mirar para el cielo, y le dice: «¡Ayúdame!».

Entonces se empiezan a reír de Él y le dicen: «Mírale, el de los milagros, y pide ayuda; haz un milagro y te dejaremos libre». El Señor no les dice nada.

Van cuatro soldados, los mismos verdugos que le han estado dando; le tiran de la ropa, le dan unos tirones..., se le arranca la carne; tiene la espalda que le faltan los pedazos...

Ahora le quitan la corona de espinas de un tirón. Le vuelven a poner otra vez una... una ropa de color blanco... Le ponen la corona y la empujan para abajo con fuerza; le empieza otra vez a correr la sangre por toda la cara... ¡Ay, Dios mío! ¡Ay! La ropa la tiene mojada de sangre otra vez.

Le han empujado otra vez, otra vez. El Señor va fatigado, no puede más; va cuesta arriba, tropezando con las piedras. Llegan arriba, al monte; allí tienen la Cruz extendida en el suelo. No es una cruz como la que vemos nosotros; tiene los palos para arriba, dos palos⁷. Le mandan al Señor que se tienda sobre la Cruz; el Señor mira para el cielo; le caen lágrimas de los ojos, como sangre. Le atan con unas cuerdas a la madera.

Ahora le clavan la mano derecha; empiezan a estirarle el brazo izquierdo, pero el palo es más largo que el brazo y no le llega a donde han hecho el agujero. Coge uno de los verdugos y se pone encima del Señor, le aprieta, le aprieta, le tiran del brazo fuertemente; el Señor se retuerce de dolores. El del lado izquierdo empieza a tirar otra vez del brazo. ¡Ay, Dios mío! Cuando le están clavando se oyen los ruidos de los martillazos, brota sangre de las manos. ¡Ay! Se retuerce el Señor de los dolores; el Señor dobla las piernas, se retuerce para un lado y para otro; le estiran otra vez las piernas con cuerdas, y le atan la cintura y aprietan. Los pies se los atan con una cuerda a la madera. Empieza de nuevo a sentir los martillazos en los pies. El Señor mira para arriba, para el cielo; toda la cara la tiene ensangrentada. El Señor está hablando y mira para el cielo y pide a su Padre que le ayude.

¡Ay, Dios mío, esto es horrible, esto es horrible! ¡Ay...! ¡Ay, Señor!

EL SEÑOR:

Sí, hija mía, este tormento que tú sientes es el que siento yo todos los días por esas almas que me ofenden con tantos pecados de impurezas. ¡Y cómo profanan mi Cuerpo! Esto lo hacen diariamente. Me clavan todos los días. Por eso te pido, hija mía, que seas víctima de mi Pasión, porque yo acepté con resignación la última voluntad de mi Padre, que era sufrir, sufrir hasta el fin. Y todo lo hice para borrar el pecado de todos los pecadores, para que todos pudiesen alcanzar mi Reino; pero no tienen corazón, son crueles, están cometiendo ofensas constantemente, agraviando nuestros Corazones, el de mi Madre purísima y el mío. Date cuenta que si me quieres dar gloria, hija mía, y

⁷ Es la Cruz en forma de «Y» griega mayúscula. Véase el comentario en nota 689 (31-5-1984). Otros mensajes en que se refiere el tema: 15-5-1984; 19-5-1984; 26-5-1984; 27-5-1984; 2-6-1984; 21-6-1984; 4-8-1984; 15-9-1984.

quieres que se salven tantas almas, deja que haga de ti lo que quiera, y abandónate en mi amor.

Sé humilde, no contestes nunca con soberbia, contesta con humildad a cualquier humillación; sé humilde, porque con la humildad se consigue todo; date cuenta que con humildad puedes ayudar a salvar muchas almas. Ofrece todo estos días en que tanto se ofende; quiero que seas como aquel buen hombre que me ayudó a llevar la Cruz, que era un gran pecador; pero, ¡con qué amor me ayudó a llevar esa Cruz, esa Cruz de amor!

Tú me consolarás, hija mía, y los dos sufriremos con esa Cruz. Date cuenta cuánto ofende la Humanidad a nuestros Corazones. Sufre, ofrece todo con amor por la salvación de esas almas, porque esas almas me crucifican de nuevo; mi Corazón es un abismo de dolor; esas almas ingratas me pisotean, me desprecian, no se dan cuenta que ellas solas se van marcando el camino de su condenación. Por eso, hija mía, tu sacrificio y el de muchas almas escogidas, y la oración, es la salvación de las almas y la salvación del mundo entero. No te asombres, hija mía, hay muchos pecadores, pero también hay muchas almas buenas que aman a su Creador y Redentor.

Ya sé que se pierden muchas almas, ¡qué tristeza tan grande! Pero por ello no disminuye mi amor hacia ellas; todas esas almas que me aman pueden reparar las ofensas de tantos y tantos pecadores que me están ofendiendo y consolar la amargura de este Corazón y del Corazón de mi purísima Madre, que está traspasado con esa espada de dolor⁸.

¡Me pesa tanto la cruz!... Por eso vengo a que me ayudes, y quisiera repartir esta cruz entre tantas almas escogidas. Una parte de mi peso y un poquito de mi agonía en cada alma querida, hasta tal punto que mi Corazón se regocije de amor hacia todos ellos. Ya que estas almas ofenden tanto, vosotros, almas escogidas, no pisoteéis a la Divina Majestad de Dios, la Sangre de su Hijo; ayudadle a descargarse esa Cruz que lleva tan pesada.

Te sigo repitiendo, hija mía: sé humilde; recibe con amor todas las blasfemias, todas las calumnias.

Adiós, hija. Toma mi santa bendición.

LA VIRGEN:

Hija mía, hija mía, aquí me tienes con el Corazón traspasado de dolor por tantas almas que están ofendiendo todos estos días constantemente; están ultrajando nuestros Corazones. Yo traigo un mensaje de paz y amor, pero los hombres hacen la guerra⁹ y la desunión. ¡Cuántas almas, hija mía, están buscando su propia condenación!

Yo traigo, como Madre, la paz para todos mis hijos, el amor y la humildad; pero no quieren aceptarlo, no hacen caso, hija mía. ¡Cuántas veces he pedido que hagan una capilla en mi nombre para hacer meditación, para hacer meditación sobre la Pasión de mi Hijo, que no piensan lo que pasó sufriendo en la Cruz por todos ellos!

También pido que eso sirva para hacer ejercicios espirituales para preparar sus almas, porque el tiempo se aproxima y queremos que estén preparados; pero no hacen caso, hija mía.

⁸ Cf. *Lc* 2, 34-35.

⁹ «Harto ha vivido ya mi alma con los que odian la paz. Que si yo hablo de paz, ellos prefieren guerra» (*Sal* 120 [119], 6-7).

También pide mucho por tu padre espiritual. Está hecho un mar de confusiones y el enemigo no sabe por dónde meterse; pide mucho. Pero no mezcléis políticas en mis rosarios, que la política no sirve nada más que para odios, para destrucción del mundo.

Pedid paz para todas las naciones. Diles a todos, hija mía, que ayuden a salvar muchas almas, que muchas almas están esperando que alguien les lleve un mensaje de su Madre; por ignorancia se condenan, por no haber tenido quien les hable. Sí, hija mía, tú no sabes cuánto dolor sentimos por esas almas que están condenadas y que no quieren salvarse.

Adiós, hija mía; ten humildad, recibe con amor el peso de la cruz que mi Hijo te manda. Adiós.

Yo os traigo la paz; pedid por la paz del mundo, pues el mundo está al borde de la desesperación. Pedid por Rusia; Rusia es el azote de toda la Humanidad; pedid que se convierta. Rezad el santo Rosario con mucha devoción, porque se están salvando muchas almas.

Adiós, hija.